



<http://doi.org/10.15359/ree.2004-6.8>

QUÉ SIGNIFICA LA EDUCACIÓN PÚBLICA

Rafael Cuevas Molina¹

La educación ha estado siempre ligada a los proyectos de desarrollo que se han impulsado en América Latina a través de su historia. En su contexto ha cumplido siempre un papel central. La educación pública ha sido también un canal importante de movilidad social. En nuestros días, se encuentra ante una encrucijada planteada por el impulso del modelo neoliberal de desarrollo.

Education has always been related to the development projects that have been promoted in Latin America throughout its history. Within this context, education has played a central role as well, public education being an important means for social mobility. Currently, education finds itself in a crossroad derived from the boost of the neoliberal movement for development.

1 Profesor e investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica en donde actualmente es director de la Maestría en Estudios Latinoamericanos. Correo electrónico: rmolina@una.ac.cr

La educación tiene un papel central en el desarrollo de los pueblos. La educación pública es indispensable no sólo para que ese desarrollo se dé, sino también, para que sea equitativo.

Históricamente, en nuestras jóvenes repúblicas latinoamericanas la educación ayudó, de manera fundamental, a conformar las identidades nacionales que hoy nos conjuntan. Efectivamente, desde mediados del siglo XIX, pero especialmente en su último tercio, las oligarquías liberales se vieron en la necesidad de impulsar proyectos de lo que el inglés Benedict Anderson ha dado en llamar la “invención” de la nación. Se trata, ni más ni menos, de estrategias culturales que “imaginaron” (otro término puesto en circulación por Anderson) un entorno delimitado (por fronteras) en el que existían patrones de comportamiento, costumbres y hábitos comunes. A esos hábitos, costumbres y comportamientos comunes se les llamó “identidad nacional”.

Como es sabido, es totalmente iluso hablar de una sola identidad en territorios tan extensos como los de los estados modernos. Lo característico es, por el contrario, la variedad, la multiplicidad de identidades basada en la multiculturalidad existente. Por ello, el proyecto de construcción de la nación pasa por inventar e imaginar esa identidad única que supuestamente atañe a todos. Para esto, debe hacerse una lectura interesada y, necesariamente, parcial, del pasado histórico, seleccionando y resaltando lo que de ese pasado le es conveniente, y opacando y pasando a un segundo plano (o haciendo desaparecer) lo que de ese pasado no conviene a los intereses de quien construye el proyecto. Se trata, por lo tanto, de un proceso de “construcción de la tradición” (en el sentido de Raymond Williams) que da sustento a “la identidad nacional”.

Como se puede apreciar por lo antedicho, el nacionalismo se encuentra en la base de la nación y no a la inversa. Quiere decirse con esto que no existen (como se pensaba hasta antes de los años 50 del siglo XX) naciones preexistentes al Estado, naciones que encuentran una expresión en la organización estatal. En América Latina, la organización del Estado antecedió a la construcción de la nación y del nacionalismo. Fue un proceso que encontró su apogeo en las primeras tres décadas después de la independencia, pero que luego debió “amarrarse” con la invención de la nación.

Teniendo al aparato del Estado relativamente consolidado (o en proceso avanzado de consolidación), el nacionalismo jugó el papel de conjuntador de voluntades en función del proyecto de desarrollo dominante. Pongámosle nombre a lo anterior: el proyecto dominante era el de las oligarquías liberales, que buscaba la forma de incorporarse al mercado mundial a través de algún producto agropecuario, que en el caso argentino y uruguayo fue la carne y el cuero, en el cubano, dominicano y puertorriqueño fue la caña de azúcar, en el centroamericano (con excepción de Honduras) fue el café, etc.



A ese proceso de construcción de la nación, difundiendo (pero también construyendo) el nacionalismo, contribuyeron diversos factores. Mencionaremos algunos de los principales: los medios de comunicación fue uno; la educación (pública) fue otro. Entre los medios de comunicación de la época debe mencionarse a la prensa escrita. El papel que juega la televisión como difusor de modelos culturales que ayudan a construir un imaginario cultural (globalizado) hoy en día, fue el que tuvo la prensa escrita en el proceso de construcción de la nación y del nacionalismo en el siglo XIX. Los periódicos y las revistas ayudaron a imaginar esa comunidad que es muy difícil (si no imposible) conocer de primera mano. La educación pública, por otra parte, se encargó de formar lealtades patrióticas acordes con el pasado histórico que los intelectuales (positivistas) se habían encargado de identificar como significativo. Ciertamente, no sólo formó las lealtades al proyecto nacionalista de los liberales, el proyecto de afianzamiento de un sistema predominantemente capitalista, sino también creó hábitos, habilidades y costumbres necesarias para el impulso (en todos los ámbitos: productivo, político, social, etc.) del proyecto de “modernización” de la sociedad.

La modernización implicó transformaciones verdaderamente revolucionarias en las sociedades de entonces. Hubo que formar hábitos de higiene (desde los más banales: no se orina en la vía pública, no se escupe en el interior de un teatro, hasta los atinentes a la salud pública: hay que bañarse todos los días para evitar epidemias de piojos, ladillas y garrapatas; hay que cambiarse de ropa interior para evitar infecciones, hay que tener higiene bucal para conservar la dentadura, etc.), hábitos de trabajo (hay que saber que a una fábrica o taller se entra y se sale a una hora exacta, lo que implica saber leer el reloj; hay que saber adaptarse al ritmo de trabajo propio de la producción industrial, distinta de la rural, etc.), habilidades mínimas (contar, sumar, restar y dividir para poder pesar y medir y saber dar un vuelta; escribir o, cuando menos, firmar; leer para poder encontrar el nombre en una lista o en una nómina, etc.).

La educación pública cumplió en muy buena medida la función de “civilizadora” de las masas que debían pasar a formar parte, como fuerza de trabajo, del modelo de desarrollo agroexportador dominante. Fue ahí en donde se consagraron las tradiciones “sagradas” que honran a la Patria: el saludo (a veces diario) a la bandera; el canto del himno nacional; la festividad de las efemérides: alabanza de héroes como dioses; conmemoración de batallas apoteósicas; la celebración del paisaje, de la flora y de la fauna “incomparable” de la Patria, etc.

Creció, por lo tanto, el número de escuelas, y dentro de ellas se distribuyeron las cartillas cívicas e históricas que se aprendieron de memoria; aparecieron los materiales didácticos en los que se representaban los linderos de la Patria, sus ríos y montañas, y se vieron por primera vez las efigies de los héroes, siempre



gallardos, siempre viendo al horizonte, siempre transmutados por la alta misión que les había tocado jugar en la vida.

Hubo, claro está -como la hay ahora- educación para unos y para otros. Para unos, la educación básica, elemental, la necesaria para desempeñarse como trabajador manual. Elemental, es cierto, pero *gratuita*, lo que significó un paso gigantesco que permitió que grandes contingentes de población tuvieran acceso a un mundo culturalmente más amplio que el que le proporcionaba su contexto familiar o barrial. Para otros la formación que iba más allá, en donde se aprendía el latín y el griego, la naciente literatura nacional, los modales para comportarse en sociedad, etc. Hubo también educación especializada: se formaron maestros (sobre todo maestras) que en algunos países se transformaron en verdaderos promotores culturales de amplio prestigio social. La educación no sólo reprodujo las diferencias sociales sino las marcó aún más: las evidenció y profundizó.

La educación pública fue eslabón central en el impulso del proyecto de desarrollo vigente. La escuela fue el principal centro promotor de la nueva cultura y los maestros y maestras obtuvieron un rango social acorde con ese papel. Esto no fue óbice para que en ella misma nacieran y se divulgaran proyectos alternativos al dominante. Desde las escuelas públicas, desde las escuelas normales, desde los institutos magisteriales, desde las universidades públicas salió un movimiento contestatario y renovador en las primeras décadas del siglo XX. Al calor de los acontecimientos que sacudían al mundo: la Revolución Mexicana de 1910, la Revolución Rusa de 1917, la invención del cinematógrafo y la difusión de la radio, etc., jóvenes educados, maestros e intelectuales, se aliaron ideológicamente, a veces también políticamente, con obreros y artesanos, y abogaron por una sociedad más justa y equitativa. El nacionalismo alcanzó con ellos nuevos contenidos pues ya no respondieron solamente a los estrechos límites del Estado-nación sino que tuvieron un nuevo referente, esta vez continental: América Latina, la Patria latinoamericana que se encontraba amenazada por un enemigo común: la expansión norteamericana, primero territorial (sobre México y el Caribe) y, principalmente, económica. Las universidades públicas fueron privilegiados receptáculos de este tipo de ideas y movimientos: la de Córdoba, en Argentina, famosa por su movimiento de 1918; la mexicana, años más tarde, de donde surgieron hombres como Vasconcelos; la de San Marcos, en Lima, a la que se asociaban nombres como los de Mariátegui y Haya de la Torre. La educación pública en la vanguardia, no sólo en la solventación de las necesidades perentorias del proyecto de los sectores dominantes sino, también, como puntal de renovación ideológica y cultural: como visión alerta, como conciencia crítica.



Más adelante, en el transcurrir de nuestra historia republicana, la educación pública ha seguido jugando siempre un papel preponderante y central. Después de los años cincuenta, luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando Centroamérica y el Caribe pasan a inscribirse, de manera mucho más definitiva, en la órbita del dominio norteamericano, como mecanismo de movilidad social, sobre todo en aquellos países que habían tenido un más o menos exitoso proceso de construcción de su proyecto liberal en el siglo XIX y principios del XX. La educación, ahora, contribuyendo centralmente a la expansión y consolidación de las capas medias –sobre todo, aunque no exclusivamente, urbanas– que podrían acceder a través suyo, a la casa propia, a ciertos aparatos electrodomésticos (el refrigerador, la TV en blanco y negro, la cocina a gas o eléctrica) y, a veces, a un aparato automotor para trasladarse al trabajo en la creciente burocracia estatal que les acogía y les daba salario seguro a fin de mes, a la empresa o al negocito propio. Para entonces, el modelo de desarrollo apostó, al calor de las propuestas de la CEPAL, por la sustitución de importaciones y, por lo tanto, por la formación y consolidación de una industria nacional que, lógicamente, necesitaba de fuerza de trabajo calificada, de técnicos medios y cuadros dirigentes.

Fue el período en el cual las universidades públicas crecieron exponencialmente: en la región centroamericana, la tricentenaria Universidad de San Carlos de Guatemala y la Universidad de Costa Rica. La primera pasaría de contar con alrededor de 25 mil estudiantes en la década de los 60, a más de 100 mil a principios del siglo XXI. También conoce un auge importante la educación vocacional técnica, que forma a los técnicos especializados para resolver los múltiples problemas que planteaba la concreción del nuevo modelo de desarrollo.

Es decir, la educación pública jugando, al igual que en el siglo XIX, un papel primordial en el modelo de desarrollo vigente, pero también ejerciendo su tarea de conciencia crítica. De los institutos de educación media, de las universidades públicas saldrán aquellos que alimentarán los movimientos cuestionadores del sistema y que, en casos extremos, llegaran a oponérsele de forma violenta. El estudiante de nivel secundario y universitario pasará a ser sinónimo de rebeldía utópica. De la universidad pública saldrán análisis y propuestas que sus profesores e investigadores han elucubrado al calor de los nuevos acontecimientos que sacuden al mundo: la Revolución Cubana, el mayo francés del 68, la matanza de Tlatelolco en México, el movimiento *hippie* en los Estados Unidos de América, el movimiento nacionalista del que empieza a llamarse Tercer Mundo, la descolonización del África, el nacimiento del bloque socialista. La teoría de la dependencia se abre paso en los corredores universitarios y muestra (pero también denuncia, a tono con la época) que estructuralmente los países latinoamericanos somos deformados de nacimiento, lo que nos ha



llevado a seguir reproduciendo la dependencia respecto a los países desarrollados. Hay un pensamiento propio que intenta dar respuestas propias latinoamericanas, tercermundistas.

A partir de la década del ochenta varía el panorama mundial. Hacia mediados de ésta se inicia el impulso de políticas que se han caracterizado como neoliberales, y a finales de la misma se derrumba el campo socialista. Sin mayores obstáculos que se le opongan, el sistema capitalista mundial logra erigir su proyecto como el dominante sin aparente alternativa. Al mercado se le atribuye así carácter central en la dinámica social. El capital, en su afán de reproducirse, llega a los más recónditos rincones del planeta sustentado en las nuevas tecnologías cibernéticas y telemáticas que permiten realizar transacciones financieras en segundos; el ritmo del desarrollo se acelera haciendo obsoleto lo que hasta hace poco era novedad; el conocimiento pasa a convertirse en capital de primer orden, y su expresión tecnológica se transforma en fuerza productiva directa. El avance de la ciencia y la técnica, que se encuentran en la base de la revolución cultural que transforma el mundo a principios del siglo XXI, pone como nunca antes, a la formación y educación del ser humano en el centro de las necesidades. En el contexto de la implementación de las políticas neoliberales, sin embargo, las diferencias existentes entre los países desarrollados y los eufemísticamente llamados en vías de desarrollo se agrandan, la brecha es cada vez mayor y la educación no escapa a estos condicionantes.

En la educación han penetrado las tendencias dominantes de la época. Se va imponiendo paulatinamente el mercado como criterio de calidad y la concepción según la cual la oferta de formación y conocimientos es un servicio que se vende y se compra como mercancía. Por su parte, acorde con la concepción según la cual el Estado no debe intervenir más que como árbitro entre las fuerzas del mercado, éste se retrae de muchas de las que hasta la víspera se consideraba eran sus obligaciones: la seguridad social, el suministro de energía, la vivienda para los sectores medios y bajos de la población, la educación para todos. Como hongos surgen entonces las opciones de educación privada en todos los niveles: en el preescolar, en la primaria, en la secundaria y en la universitaria. La educación se transforma en un espacio disputable en el que se pueden obtener beneficios económicos a costa de las necesidades urgentes que impone la nueva sociedad. A la educación pública, mientras tanto, se le regatean los fondos que otorga el Estado y las condiciones materiales se deterioran; amplios sectores de la población se ven marginados del sistema educativo; por razones económicas, muchachos y muchachas desertan de la educación secundaria y salen a buscar opciones de trabajo que será casi siempre mal pagado y los condenará a reproducir el círculo vicioso de la pobreza; un porcentaje pequeño de los que ingresaron a



los primeros años de la educación primaria logra llegar a las universidades. Aquí les espera un nuevo obstáculo: en muchas partes hay que pasar exámenes de admisión que sólo los que han tenido acceso a la educación de los privilegiados logran pasar. No solamente eso les espera: ¿puede un hijo de obrero, de campesino, costear los gastos de carreras como Medicina u Odontología, por ejemplo, en donde hay que comprar instrumental que está fuera del alcance de su bolsillo? Todo esto mientras se reducen los ya exiguos fondos destinados para becas que ayuden a aquellos provenientes de los sectores menos pudientes a pagarse una habitación, a comer aunque sea mediocrementemente.

Grandes contingentes de población quedan, entonces, al margen de las posibilidades no sólo de acceder a mejores niveles de vida sino, también, de contribuir al desarrollo. Unos pocos no solamente concluirán la educación universitaria en nuestros países latinoamericanos sino que podrán partir al extranjero a sacar un posgrado. Y allá se quedarán algunos, buscando las condiciones óptimas que acá no se les ofrecen.

Así no vamos a ninguna parte. Las sociedades que desperdician sus mejores recursos dejándolos al garete no pueden sino reproducir las condiciones de dependencia y subdesarrollo en la que siempre, en muy buena parte por este tipo de políticas miopes, han estado sumidas. La educación pública, para todos, no es un privilegio sino una tabla de salvación. No puede ser cualquier educación pública:

- Tiene que ser una educación pública de calidad, lo cual significa que esté acorde con las necesidades y estándares de la sociedad en la cual tiene lugar.
- Tiene que ser una educación pública que *forme valores* acordes con un ser humano integral, solidario, honesto, trabajador.
- Tiene que ser una educación pública en donde se aprenda a comprendernos como seres *iguales, pero diversos*.
- Tiene que ser una educación pública en la que se ubique al ser humano como *parte de la naturaleza*, con la cual compartimos destino.
- Tiene que ser una educación pública orientada hacia las necesidades del *desarrollo sostenible*, único que nos permitirá acceder a mejores cotas de *calidad de vida*.

En las condiciones actuales, en el marco de las tendencias dominantes en la contemporaneidad, lo anterior parece mucho pedir. Puede ser que sea mucho pedir, pero es lo que hay que pedir y exigir. Solamente la acción organizada de la sociedad civil, la misma que empieza a esbozarse en espacios como el Foro Social Mundial y su Foro Mundial de Educación, puede inclinar la balanza en otra dirección. Sólo la acción concertada de las fuerzas interesadas en otro mundo



posible puede impulsar los cambios sociales, políticos, económicos y culturales necesarios para que la educación pase a jugar el papel que le corresponde en nuestras tierras latinoamericanas: un papel central, en el que el ser humano –todo ser humano– pueda construirse como centro resplandeciente del desarrollo.

Eso debe significar la educación pública.

